

## ¡Despierta, ya es tarde!

Alfredo Mendoza-Escalante<sup>1</sup>

—Despierta, ya es tarde.

—Mmm...

—Es hora de alistarse para ir al colegio.

—¿Qué? ¿de qué hablas? — dije con un tono de asombro, mientras trataba de abrir de una vez por todas mis grandes ojos—. Pero... pero, aún no podemos salir.

—¿Olvidas que el presidente dijo ayer en la TV que, a partir de mañana, o sea hoy, los niños y jóvenes debían regresar a clases?

---

<sup>1</sup> Magíster en Lingüística de la Universidad Pedagógico y Tecnológica de Colombia. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Corrector de estilo, Fundación Universitaria Juan de Castellanos. [alfmendozae06@gmail.com](mailto:alfmendozae06@gmail.com)

—¡Pero aún está el Coronavirus!, ¿no?, ¿ya se fue?

No lo sabemos — dijo, mientras suspiraba—. Confiamos en Dios que sí. Al menos, el Gobierno dice que sí, que el virus ha desaparecido o, por lo menos, que somos inmunes a él.

Mmm... ¿y tú lo crees así?

—Sí, claro — afirmó con unos ojos que reflejaban incertidumbre, angustia—. Levántate, ya se nos hizo tarde — sonrió.

Mientras trataba de incorporarme después de tan abrupta noticia, pensaba en cómo iba a ser ese reencuentro con personas y espacios que hace poco eran tan cotidianos, pero que ahora resultaban extraños y representaban un peligro: el de contagiarme.

—¡Apúrate!, ¡se está enfriando el desayuno! — gritó mamá desde el comedor.

—¡Voy! ¿Podré jugar con mis amigos?, ¿podremos compartir ‘las onces’?

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, papá.

—Cuidado, aún está caliente — dijo mamá.

—¿Ya estás listo para volver a clases?

Sí, eso creo. ¿Tú tienes que ir a la oficina, papá?

Asintió con la cabeza mientras sonreía. Había algo detrás de esa sonrisa, algo que no quería contarme... Bueno, ni modo, los adultos a veces actúan de una manera muy rara.

—Termina pronto el desayuno — gruñó mamá—. Luego, báñate rápido.

—Solo falta la última cucharada... y listo — contesté, mientras me dirigía al baño.

Una vez entré a la ducha, me invadieron nuevamente las preguntas sobre el Coronavirus y nuestra forma de vivir. Efectivamente, desde hoy, volveremos a “la normalidad”. ¿Acaso, hay algo normal en esa vida rutinaria?, ¿es anormal vivir en casa junto con nuestra familia? Si es así, ¿por qué mis padres en “la normalidad” pelean tanto, y mientras estuvimos en confi-

namiento obligatorio no? Eso es muy paradójico...

—¡Hijo, sal ya! — gritó papá, quien estaba esperando su turno para bañarse.

—¡Voy!

Me terminé de bañar en un “dos por tres”, y salí corriendo al cuarto para colocarme el uniforme. Ya había olvidado cuán feo es. Pero, no importa, pronto volveré a ver a mis amigos. ¡Esa idea me entusiasma!

Consciente de la hora, me vestí muy rápido, tomé mi maleta y me dirigí a la puerta.

—Chao, nos vemos más luego — les dije a mis padres con alegría.

Espera un momento — dijeron ellos, al tiempo que mi mamá me mostraba un tapabocas. Era el Z99, hecho en PVC, con no sé cuántos filtros, reutilizable y ajustable a cualquier tipo de rostro para brindar máxima seguridad.

—Pero, ¿para qué lo necesito?, ¿luego, ya no se fue el virus? Hace un rato me dijiste eso, mamá.

—Eso dice el Estado. Pero, de todas maneras, recomiendan el uso del tapabocas, ya que ha habido casos de rebrote en otros países, mínimos, pero no queremos correr el riesgo —me explicó papá, mientras salía del baño en toalla y se dirigía hacia su cuarto.

—Ok, tocará entonces — dije con un tono desinflado.

Al salir de casa, sentí que el corazón se me agitaba. No sé si era por la felicidad de volver a recorrer las calles o por la angustia que me producía ese mismo hecho. Lo único cierto era que afuera había mucha gente, de las cuales la mitad se veía tranquila y sin tapabocas; y la otra, algo precavida y con tapabocas. Eso, sin duda, indicaba a cuál bando pertenecía. Pero no, respiré hondo y me dije que eso no me afectaría, que todo iba a ir muy bien.

Caminé las cuatro calles que separan mi casa del colegio, con mucha tranquilidad. Hasta olvidé que iba algo tarde. Tal vez, estar tanto tiempo en casa hizo que perdiera la noción del tiempo. No lo sé, solo sé que, de camino al colegio, en el jardín de la familia Vega, había unas flores muy coloridas.

Ese jardín me inspiró mucha tranquilidad. Había olvidado cuán bellas podían ser las flores o... tal vez, nunca me había dado cuenta de ello. En ese momento, recordé una frase que escuché en la película “El Principito”, que había visto con mis papás el fin de semana anterior:

“Lo esencial es invisible a nuestros ojos”.

Es genial cómo la naturaleza perdura, sobrevive. Mientras nosotros, los humanos, tenemos que resguardarnos para prevenir enfermedades e incluso la misma muerte. Pero, ella siempre está ahí, solemne, mágica; dándonos esperanza, vida. A veces, creo que la humanidad es tan...

—Vecino, ya se te está haciendo como tarde, ¿no? — me dijo el señor Vega, quien, al parecer, me veía desde hace un rato desde la ventana de su casa.

—Eh, sí señor, gracias — le contesté, mientras corría.

Buenos días, no me cierren la puerta, déjenme entrar — les supliqué al vigilante y a los profes que se encontraban en la puerta.

—Tranquilo, señor Tabares. Por ser el primer día de clases después de la cuarentena, te dejaremos entrar; pero, a partir de mañana, cerraremos la puerta a la hora estipulada, y quien llegue tarde tendrá que venir con su acudiente — dijo la señora Carmen, directora de mi curso.

Todos ellos estaban separados a dos metros de distancia, a los costados del pasillo y con su respectivo tapabocas. Parecía el camino que se hace por reverencia a una celebridad o a un difunto.

—Lo siento, no volverá a ocurrir. Lo prometo.

—Más le vale. Siga —me dijo el vigilante.

Mientras camina al salón, me preguntaba si mis compañeros tenían puesto su tapabocas. ¿Debía quitármelo?, ¿se burlarán de mí? Me asomé por la ventana para inspeccionar el lugar y así tomar la mejor decisión. Solo había llegado la mitad del salón (todos con su respectivo tapabocas). Pero, eso no fue lo que me sorprendió, sino la distancia que había entre una y otra silla. ¿Había más de un metro?

—¿Qué más compas? ¿Qué pasó aquí?

—Son reglas del colegio, dizque para evitar un posible contagio.

—Ah bueno. Oiga Rodríguez, póngase bien ese tapabocas.

—Qué va, usted sí es severa loca. Deje la envidia. Yo sé que te gusta el diseño original de “La casa de papel” que tiene el mío.

—Haga lo que le dé la gana.

—Ja ja ja... ¿cómo estuvieron tus vacaciones? — preguntó Ramírez con una sonrisa.

—Bien — respondí frunciendo el ceño, mientras me sentaba en la silla.

—Casi todos tenían un semblante cadavérico. Eran esas ojeras tan pronunciadas. Debió ser el campeonato de ese juego virtual tan adictivo o, tal vez, la serie de Netflix, que están de moda. ¿Yo también me veré así?

—Oye, Tabares, ¿tú vas a ir a la fiesta “After Covid” este sábado, en la casa de Rodríguez? — me preguntó Martínez, quien se encontraba sentado a mi izquierda.

—¿Qué? ¿Cuál fiesta? No sabía.

—Buenos días, clase —dijo el profesor de matemáticas con su singular seriedad que lo car-

acterizaba—. El día de hoy veremos el tema de trigonometría, porque nos hemos atrasado mucho y necesitamos ponernos al día. Tomen nota y hagan silencio. Recuerden que...

¿Es en serio?, ¿ni un “los extrañé”, ni un mensaje de recibimiento? Bueno, en realidad no me sorprende... El día va a ser largo...

—Entonces, vamos a calcular las restantes razones trigonométricas respecto al coseno, del ángulo  $a$ . Luego, respecto a la secante y a la tangente. Pero, no me detendré en explicar esos conceptos, puesto que ustedes ya lo vieron el año pasado y saben eso más que yo.

¿Por qué los profesores siempre dicen lo mismo?, ¿por qué asumen que sabemos todo por haber visto un tema antes? Además, no se le entiende nada con ese tapabocas. Prefiero las clases por Zoom. No abarcábamos tantos temas; pero, por lo menos, mi tío, el profesor, me ayudaba con las tareas, entendía los contenidos. Hasta me quedaba tiempo para ver videos en YouTube, que explicaban de manera detallada. Recuerdo que hacía las tareas rápido y podía jugar X-Box o ver una serie. También, aprendí a hacer otras actividades, por ejemplo, mamá me enseñó a preparar algunos alimentos. ¡No sabía que hacer una pizza en el horno fuera tan sencillo!

Luego, despejan esto y...

¿En qué momento Rodríguez cambió de puesto y se sentó al lado de su novia? Por Dios, no hay ni 20 cm de distancia y ambos sin el tapabocas bien colocado; y el profesor siempre de espalda, ni se habrá dado cuenta.

—¿Quedó todo claro? —preguntó el profesor con una mirada intimidante.

—Sí señor. —se escuchó al unísono. De hecho, Rodríguez fue uno de los que respondió con entusiasmo.

Callé, no quise parecer tonto... Con el pasar de los minutos, las distancias iban reduciéndose entre los compañeros de clases. Los profesores ya se habían cansado de ordenarnos y amenazarnos con enviarnos a Coordinación.

López, cansado del tapabocas, porque no le dejaba respirar, le hizo varios agujeros para inhalar y exhalar mejor sin necesidad de quitárselo. Dios quiera que ese virus, en realidad, haya desaparecido; si no, ¡ya valimos!

Pero eso no fue lo peor. En la hora de descanso, pasé por el salón de preescolar. Ellos salían antes al recreo para no mezclarse con los de primaria y secundaria. Por eso, ya se encontraban dentro del aula. No sé cómo la profesora no vio a ese niño que estaba junto a la ventana.

Estaba “moquiento” y se limpiaba con su tapabocas. Además, dos niñas intercambiaban sus tapabocas simulando con ello que cambiaban de personalidad (asumiendo el rol de la otra). ¡Qué desastre! En ese momento, la profesora me quedó viendo raro, y salí corriendo de allí.

Al pasar por el baño, noté que había varias parejas muy románticas, agarrados de manos y mirando a todos lados como un ventilador de mesa, vigilando que ningún profesor los viera. Estaban esperando su turno para entrar al baño y darse los besos que no habían podido por culpa del Covid-19. Estaban invadidos por la adrenalina de no ser descubiertos y de disfrutar esos breves espacios de amor. Al parecer, los profesores estaban en reunión para ver cómo mantener el orden.

—Ring ring —sonó la campana que indicaba el fin del descanso. Todos salimos corriendo.

—Good morning, class —dijo la profe de inglés, mientras conectaba la grabadora.

—Good morning, teacher —respondimos con gran entusiasmo. Al fin y al cabo, era una de las pocas frases que sabíamos en ese idioma.

—How are, you?

—Fine...

—Cof cof —tosió Rodríguez.

Todos lo miramos como quien ve a un extraterrestre o una cosa rara. Él guardó silencio, se puso rojo como un tomate, y solo alcanzó a decir: —tranquilos, todo está bien.

La profesora trató de calmarnos y prosiguió con su clase. No obstante, transcurridos 15 minutos, Rodríguez volvió a interrumpir. Esta vez dijo: —profe, ¿puedo ir a enfermería? Es que me duele la garganta.

—Sí, ve. Nos avisas —dijo angustiada la profe, mientras se escuchó un murmullo general.

Todos teníamos una cara de tragedia. La teacher nos dijo que no comentáramos lo ocurrido a nadie, para no generar caos. Pero ya era demasiado tarde: había más de un grupo en WhatsApp donde los chismes volaban rápido. Pronto, todo el colegio se había enterado y estaban a la espera del dictamen médico.

Pasados otros 10 minutos, la novia de Rodríguez también presentó los mismos síntomas y pidió permiso para ir a enfermería. Ya era oficial, era el Covid. ¡No se había ido! Eso pensa-

mos todos.

—Ve rápido —casi no le salieron las palabras a la profe, quien, acto seguido, salió del salón rumbo a Rectoría, dejando a cargo a Fernández, la chica más nerd del curso.

—Ay, marica, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Álvarez bastante preocupada.

—Jum... ni idea —contestó López desconcertado. ¡Vámonos!, repuso luego.

—Sí, vámonos —respondimos todos.

—Pero, debería ir un representante a hablar por todos. Debemos convencerlos de que así no se puede dar clases. Tenemos miedo de contagiarnos —propuso Ramírez.

—Sí, así es —dijimos todos aterrados.

—Marica, la enfermería está muy llena. Vi más de 30 personas afuera, como pálidas, tosiedo —dijo Martínez bastante agitado y horrorizado, quien había salido corriendo detrás de la profe de inglés, a ver cómo estaba el panorama.

Todos nos pusimos las manos en la cabeza. Mientras tanto, las personas contagiadas iban en aumento. Los profesores y nosotros, los estudiantes, no sabíamos qué hacer. Todo se había salido de control. El rector le dio la orden al vigilante de que abriera las puertas y que hiciera sonar la campana del colegio.

—Ring ring... retumbó la campana y, a lo lejos, se escuchó una voz que decía:

—Despierta, ya es tarde, ya casi va a empezar la clase por Zoom.